Luisa parecía aletargada; inmóvil, blanca como la cera y con las manos sobre la colcha; dos lágrimas la mojaban el rostro.

Paró el coche, y apareció Julián sofocado.

—¡Se puso mal de pronto, Julián!... ¡Ven, está muy mala!

Hiciéronla respirar más éter, y volvió á despertar. Julián la habló pulsándola.

—No... no quiero... nadie!—murmuró ella retirando la mano, y repitió impaciente:—¡No quiero... irse!

Sus lágrimas continuaban. Salieron de la alcoba para no contrariarla, y la oyeron llamar:

—¡Jorge!...

Entró y se arrodilló al lado de la cama, y la habló junto al rostro.

—¿Qué tienes?... Vamos, no se hable más de ello: se acabó. No estés mala; yo te adoro, te lo juro...; fuese lo que fuese, no quiero saberlo; no quiero saber nada, no...

Como ella fuese á hablar, la puso la mano en la boca.

—No quiero oir nada...; quiero que estés buena, que no sufras... Díme que estás buena... Mañana iremos al campo, y se olvidará todo... Fué una cosa que ya pasó...

—Jorge... Jorge...—articuló ella con voz ahogada.

—Bueno, sí... pero ahora vas á ser feliz otra vez... Díme, ¿qué sientes?

—Aquí—contestó ella llevando las manos á la cabeza.—¡Me duele!

Jorge intentó llamar á Julián pero ella le detuvo y devorándole con sus ojos febriles avanzó el rostro y le presentó la boca. El se inclinó y le dió un beso en los labios, largo... largo... y lleno de perdón.

—¡Ay mi pobre cabeza!—murmuró Luisa.

Sufría fuertes latidos de sienes y un calor seco y ardiente la teñía el rostro.

Como padecía jaquecas, Julián les tranquilizó recomendando sosiego absoluto y sinapismos en los pies hasta que él volviese.

Jorge quedó junto á la cama triste y lleno de presentimientos, suspirando á ratos.

Caía una menuda lluvia de nieve; eran las cuatro y en la alcoba filtrábase una luz lúgubre.

—No será nada—decía Sebastián.

Luisa se agitaba en el lecho, apretando la cabeza con las manos, torturada por el dolor que crecía y sedienta.

Mariana limpiaba de puntillas, admirada de aquella casa, en que sólo veía penas y enfermedades; pero hasta su leve pisar molestaba á Luisa, como si fueran martillazos en el cráneo.

Julián no tardó; desde la puerta de la alcoba inquietóle el aspecto de la enferma; encendió un fósforo y se lo aproximó: aquella luz hizo á Luisa dar un grito como si un frío puñal la atravesara la cabeza.

Su dilatada mirada tenía un brillo metálico. Estaba quieta porque el movimiento le producía dolores horribles en la nuca y sólo de vez en cuando sonreía á Jorge con expresión de serena y muda afiicción.

Julián buscó tres almohadas para que tuviera la cabeza alta. Fuera caía el crepúsculo húmedo. Andaban de puntillas, con tiento, y pararon el *tic-tac* monótono del reloj de pared. La enferma empezaba á murmurar sonidos fatigados y á volverse con movimientos bruscos que la arrancaban gritos, ó gemía inmóvil angustiosamente. La habían envuelto las piernas con los sinapismos, pero no los sentía. A las nueve empezó á delirar y se le puso la lengua blanca y dura, con el aspecto de yeso sucio.

Julián la aplicó compresas frías a la cabeza: pero el delirio se exacerbó.

Ya era un murmurio o vago ronquido en el que los nombres de Leopoldina, de Jorge y de Basilio se sucedían; ya se debatía y rasgaba la camisa con la mano, y queriendo incorporarse, revolvía los ojos en las órbitas, como puntas plateadas en las que desaparecía la pupila.

Descansaba un poco: sonreía con la dulzura de idiota; con lentos movimientos cogía la sábana, que acariciaba con extraño goce; luego empezaba a respirar con ansia, decía algo aterrada y quería ocultarse entre las almohadas y los colchones, como huyendo de pavorosos fantasmas; se apretaba la cabeza y pedía que se la abriesen y quitasen las piedras de que estaba llena. ¡Piedad para ella! Y corrían sus lágrimas hilo a hilo. No sentía los sinapismos. Pusiéronla los pies al vapor de agua caliente llena de mostaza; acre olor llenaba el cuarto. Jorge la hablaba con exceso de palabras consoladoras y suplicantes: la pedía que se tranquilizase, que le reconociese. De pronto se irritaba Luisa, pedía sus cartas, maldecía a Juliana, y entre palabras de amor, nombraba sumas de dinero. Jorge temía que el delirio revelase todo a Julián y a las criadas, y sudaba. Cuando ella, creyéndose en el «Paraíso» y en las exaltaciones del adulterio, pidió «champagne» y profirió frases libertinas, huyó de la alcoba como un loco, entró a obscuras en la sala y se tiró sobre el diván sollozando, debatiéndose, blasfemando.

—¿Está en peligro?—preguntó Sebastián.

—Sí—contestó Julián—. Si sintiese los sinapismos... Pero estas malditas fiebres cerebrales...

Callaron al ver entrar a Jorge en la alcoba con el rostro como el de un muerto.

Julián le cogió del brazo y le llevó fuera.

—Oye. Es preciso cortarla el cabello.

—¡El cabello no; eso no, por amor de Dios! ¡No está de peligro!... ¿Para qué eso?

¡Pero aquella masa de pelo impedía la acción del agua!

—Mañana; si es preciso, mañana. Espera hasta mañana, y yo te lo agradeceré, Julián...

Este consintió a la fuerza, pero hacía humedecer constantemente la cabeza con compresas, y como Mariana, toda trémula, mojase mucho la almohada, Sebastián se colocó a la cabecera exprimiendo toda la noche una esponja que goteaba lentamente; había jarras en el balcón para que el agua se helase. El delirio calmó un poco por la noche, pero la mirada inyectada tenía aspecto salvaje y las pupilas parecían apenas un punto negro.

Sentado Jorge al pie de la cama, con la cabeza entre las manos, la miraba; recordaba vagamente otras noches de vela, cuando estuvo con la pulmonía y mejoró. Hasta quedó más lívida, con tonos pálidos, que la endulzaban el rostro. Irían al campo cuando convaleciese; alquilaría una casita y volvería en el ómnibus, viéndola de lejos en el portal, saliendo a recibirle con un vestido claro, al caer suavemente la tarde... Pero se quejaba ella, y Jorge levantaba la vista sobresaltado; no le parecía la misma; se le figuraba que iba desapareciendo en aquella atmósfera de fiebre que reinaba en la alcoba, en el pesado silencio de la noche, en el fuerte olor de la mostaza. Sollozaba y volvía a caer en su inmovilidad.

Juana rezaba arriba. Las bujías se extinguían.

Por fin, vaga claridad dibujó en las blancas cortinas los plomos de la vidriera. Amanecía; Jorge se levantó y fué a mirar a la calle. No llovía ya y el ambiente tenía un vago tinte pálido. Todo dormía.

Una toalla olvidada en el balcón de los Acevedos se movía lentamente al frío viento.

Entró en la alcoba. Luisa hablaba con voz fatigosa; sentía vagamente los sinapismos, pero el dolor de cabeza no cesaba. Comenzó á agitarse y á poco volvió el delirio. Julián ordenó entonces que se le cortase el cabello.

Sebastián corrió á buscar un peluquero á la calle de la Escuela. Llegó en seguida con aire transido y subido el cuello del gabán. Sacó de un saquito de cuero las navajas y las tijeras, con sus dedos grasientos por las pomadas.

Jorge se fué á la sala; le parecía que caían pedazos de su dicha con aquellas hermosas trenzas, destruídas á tijeretazos; con la cabeza entre las manos, recordaba ciertos peinados que ella usaba, noches en que sus cabellos se despeinaron en el frenesí de la pasión, tonos que tomaban á la luz. Volvió, irresistiblemente atraído, á la alcoba, sintió el ruido metálico de las tijeras y vió sobre la mesa, en una tacita, una brocha vieja entre burbujas de espuma. Llamó en voz baja á Sebastián:

—¡Dile que se dé prisa, porque ardo á fuego lento! ¡Que se dé prisa!

Fué al comedor. Vagó por la casa. La mañana clareaba fría; se levantó el viento, que iba arrastrando en girones las nubes de un blanco pálido.

Cuando volvió al cuarto, el peluquero guardaba las navajas lentamente, y tomando su viejo sombrero, salió de puntillas, murmurando en tono fúnebre:

Celebraré la mejoría. Dios querrá que no sea nada.

El delirio cesó al cabo de una hora y Luisa cayó en somnolencia, dando débiles gemidos que salían de sus labios como el lamento interior de la vida vencida.

Jorge indicó á Sebastián que deseaba llamar al doctor Caminha. Era un viejo médico que conoció á su madre y que curó á Luisa de la pulmonía al segundo año de casada. Conservaba Jorge admiración agradecida por aquella reputación anticuada, y ahora se volvía hacia él su esperanza, ansiando su presencia como la aparición de un santo.

Julián condescendió, porque hasta le estimaba. Sebastián fué corriendo á casa del doctor.

Luisa, que salió un momento de su letargo, les sintió hablar bajo y llamó con su voz apagada á Jorge.

—¡Me han cortado el cabello!—dijo tristemente.

—Ha sido por tu bien—dijo Jorge, casi tan agonizante como ella.—Ya crecerá y será mejor.

Ella no respondió y brotaron dos lágrimas de sus ojos.

Debía ser aquella su última sensación; la postración comatosa la iba paralizando; apenas si su cabeza se movía dulcemente sobre la almohada, gimiendo siempre con triste fatiga; la piel palidecía como el cristal de una ventana tras de la que se apaga lentamente una luz, y hasta los ruidos de la calle, que empezaban á surgir, no la impresionaban, como si fuesen distantes ó se apagasen entre algodones.

Al medio día apareció doña Felicidad y se quedó petrificada al verla tan grave. ¡Ella, que venía á buscarla para ir á la Encarnación y harta de tiendas! Dejó el sombrero y se instaló; hizo arreglar la alcoba, tirar los vasos y los sinapismos usados que andaban por el suelo, compuso la cama "porque no había nada peor para un enfermo que el desarreglo de la alcoba" y animó valientemente á Jorge.

Paró un coche á la puerta. Era el doctor Caminha al fin. Entró abrigado en su bufanda á cuadros verdes y negros, quejándose del frío y tirando lenta-

mente de los guantes, que puso metódicamente dentro del sombrero, adelantó hacia la alcoba cadenciosamente, atusando con la mano los cuatro pelos grises aplastados contra la cabeza por el cepillo.

Julián y él quedaron solos en la alcoba.

Fuera esperaban los demás, callados, junto a Jorge, pálido como la cera y con los ojos encendidos como carbones.

—Se le va a poner un cáustico en la nuca—salió diciendo Julián.

Jorge devoraba con la vista al doctor Caminha, que se puso los guantes tranquilamente, diciendo:

—Veremos con el cáustico... No está bien y puede estar peor. Volveré, amigo mío, volveré.

Fué inútil el cáustico; no lo sintió; inmóvil y pálida con las facciones contraídas, vibraban los nervios del rostro con temblores rápidos.

—Está perdida—dijo Julián en voz baja a Sebastián.

Doña Felicidad habló de Sacramentos.

—¿Para qué?—gruñó Julián impaciente.

Doña Felicidad declaró que tenía escrúpulos, que era pecado mortal, y llamando a Jorge al hueco de una ventana, díjole toda trémula:

—No se asuste usted, Jorge, pero sería bueno pensar en los Sacramentos.

—¡Sacramentos!—murmuró aterrado.

Julián llegó brusco e irritado.

—¡Nada de tonterías! ¿Para qué los Sacramentos, si ella no oye, ni comprende, ni siente? Es preciso ponerle otro cáustico, tal vez ventosas. ¡Estos son los sacramentos, éstos!

¡Pero doña Felicidad se escandalizó y comenzó a llorar.

—Se olvidan de Dios, y en *El* sólo está el remedio—decía sonándose con estruendo.

—¿Y qué hace Dios por mí?—exclamó Jorge saliendo de su sopor, manoteando y como revolviéndose contra una injusticia—. Porque, ¿qué he hecho yo para ésto, qué he hecho?

Julián ordenó otro cáustico. Había algo de desorden en la casa. Juana entraba a lo mejor con un caldo que nadie pedía y con los ojos rojos de llorar. Mariana sollozaba por los rincones. Doña Felicidad iba y venía, se metía en la sala para rezar, haciendo votos y recordando que se llamase al doctor Barbosa o al doctor Barzal.

Luisa seguía inmóvil; un color macilento daba a sus facciones un tinte tímido y rígido.

Julián pidió extenuado una copa de vino y un poco de pan. Se acordaron entonces de que no habían comido desde la víspera, y fueron al comedor; Juana, siempre hecha un mar de llanto, sirvió una sopa y huevos; pero no encontraba platos ni cucharas: murmuraba rezos y pedía que la dispensasen. Jorge, entretanto, con los ojos hinchados, fijos en el borde de la mesa, con el rostro contraído, hacía dobleces en la servilleta.

Al cabo de un rato dejó la mesa y bajó a la alcoba. Mariana estaba sentada al pie de la cama. Jorge la dijo que fuese a servir la mesa, y apenas se fué, dejóse caer de rodillas, tomó una de las manos de Luisa y la llamó bajito, y después más alto.

—Escucha... ¡Oyeme, por amor de Dios! ¡No estés así; haz por mejorar! ¡No me dejes en este mundo; porque no creo en otro! ¡Perdóname; dime que sí; hazme una seña que me lo diga!... ¡No me oye, Dios mío!

Y la miraba ansioso; ella no se movía.

Jorge levantó los brazos desesperado.

—¡Sabes que creo en ti, Dios mío! ¡Sálvala, sálvala!

Y añadió, elevando el alma á las alturas:

—¡Oyeme, Dios mío! ¡Escúchame! ¡Sé bueno!

Miraba... miraba, esperando un movimiento, una voz, un milagro... Pero todo le parecía más quieto. El rostro lívido se hundía; el lienzo que le envolvía la cabeza, medio caído, dejaba ver el cráneo pelado, ligeramente amarillo. Se puso la mano en la cabeza, vacilando, cobarde; le pareció que estaba fría. Ahogó un grito, corrió afuera, y dió con el doctor Caminha, que entraba, tirando pausadamente de los guantes.

—¡Doctor, ha muerto! ¡No habla; está fría!...

—¡A ver, á ver!—contestó.—¡Nada de barullo, nada de barullo!

Tomó el pulso á Luisa y le sintió huir bajo sus dedos, como la expirante vibración de una cuerda.

Julián llegó en seguida, y convino con el doctor Caminha en que eran inútiles las ventosas.

—No las sentiría—dijo el doctor, sacudiéndose el tabaco de los dedos.

—¿Y si se le diese un poco de cognac?—dijo de pronto Julián. Y añadió, al ver la mirada espantada del doctor:—A veces, estos síntomas de comatosis no significan que esté desorganizado el cerebro; pueden ser la inacción de la fuerza nerviosa. Si la muerte es inevitable, nada se pierde, y si es una depresión del sistema nervioso, se puede salvar...

El doctor Caminha, con el labio caído, movía incrédulo la cabeza.

—Teorías—murmuró.

—En los hospitales ingleses...—empezó Julián.

Caminha se encogió de hombros con desprecio.

—Si el doctor leyese...—insistió Julián.

—¡No leo nada!—dijo Caminha con voz recia. Los libros deben ser los enfermos.—Y añadió i

nándose irónicamente:—Sin embargo, si mi querido colega quiere tentar la prueba...

—¡Una copa de cognac ó aguardiente!—pidió Julián desde la puerta.

Caminha se sentó tranquilamente, "para gozar en el fracaso del entendido colega".

Alzaron á Luisa y Julián le hizo tragar el cognac. Cuando la acostaron, quedó en la misma inmovilidad comatosa. El doctor Caminha sacó el reloj, miró la hora y esperó. Reinaba ansioso silencio. Al fin, se levantó el doctor, tomó el pulso á la enferma y palpó la creciente frialdad de las extremidades, luego cogió silencioso el sombrero y empezó á ponerse los guantes.

Jorge fué con él hasta la puerta y le dijo, cogiéndole con fuerza del brazo:

—¿Qué, doctor?

—Se hace lo que se puede—dijo el anciano encogiéndose de hombros.

Jorge se quedó alelado en el descansillo, viéndole bajar. Sus pasos lentos en la escalera caían sobre su corazón con percusión dolorosa. Se inclinó sobre la barandilla y le llamó quedo. El doctor se detuvo y levantó la vista; Jorge puso las manos para recoger la voz y dijo con ansiedad humilde:

—Entonces... ¿no hay esperanza?

El doctor hizo un gesto vago y le indicó el cielo.

Jorge volvió á la alcoba apoyándose en las paredes. Entró y se puso de rodillas á los pies de la cama, y allí quedó con la cabeza entre las manos, sollozando bajo.

Luisa se moría. Sus hermosos brazos que acostumbraba á acariciarse ante el espejo, estaban ya paralizados; sus ojos, á los que dió llamas la pasión y la voluptuosidad lágrimas, se hundían.

Doña Felicidad y Mariana habían encendido una

lamparilla ante una estampa de la Virgen de los Dolores y rezaban de rodillas.

El crepúsculo caía tristemente y parecía tener un fúnebre silencio.

Sonó discretamente la campanilla y á poco apareció la figura del Consejero Acacio. Doña Felicidad se incorporó, y al ver sus lágrimas, dijo lúgubremente el Consejero:

—¡Vengo á cumplir con mi deber; á ayudarles en este triste trance!

Dijo que halló casualmente al doctor Caminha, quien le participó la fatal ocurrencia. Pero no quiso entrar en la alcoba. Se sentó, diciendo en voz baja á doña Felicidad:

—¡Prosiga usted sus oraciones!... ¡Dios es inexorable en sus designios!

En la alcoba Julián pulsó á Luisa y miró á Sebastián, haciéndole señal como de algo que vuela y desaparece... Se acercaron á Jorge, que no se movía de rodillas y con la cara metida en la cama.

—Jorge —le dijo Sebastián, muy bajo.

Levantó el rostro desfigurado y envejecido, con el cabello sobre la frente y las ojeras pronunciadas.

—Vamos, ven—dijo Julián. Y añadió, al ver el espanto en su mirada: —no, no ha muerto; está sumida en aquella somnolencia... Vamos...

Jorge se levantó y dijo dulcemente:

—Bueno, ya voy... Estoy bien... gracias...

Y salió de la alcoba.

El Consejero se levantó y le abrazó solemnemente:

—Aquí estoy, querido Jorge.

—Gracias, Consejero, gracias...

Dió algunos pasos por la habitación; parecía preocupado con un paquete que estaba sobre la mesa y á tocarlo, lo descubrió un poco y vió el cabello

de Luisa. Los miró pasándolos de una mano á otra, y dijo besándolos tiernamente:

—¡Le gustaban tanto, pobrecilla!...

Volvió á entrar en la alcoba, pero Julián le cogió y quiso apartarle del lecho. El resistía suavemente, y dijo, mostrando una bujía que había sobre la mesa de noche:

—Tal vez la incomode la luz...

—¡Ya no la puede ver, Jorge!—respondió Julián conmovido.

Se soltó de la mano de Julián y se arrojó sobre la muerta; la cogió entre las manos la cabeza con exquisito cuidado y la miró un momento; después... la dió sobre los fríos labios un beso y otro, murmurando:—¡Adiós! ¡adiós!

Se puso en pié, abrió los brazos y cayó al suelo.

Todos acudieron, le levantaron y le pusieron sobre la *chaisse longue*.

Y mientras Doña Felicidad, anegada en llanto, cerraba á Luisa los ojos, el Consejero, siempre con el sombrero en la mano, cruzaba los brazos y moviendo su respetable calva, decía á Sebastián:

—¡Qué profundo disgusto de familia!

XVIII

Después del entierro, Jorge despidió á las criadas y se fué á casa de Sebastián.

Aquella noche el Consejero, muy contristado, bajaba por el Molino de Viento cuando encontró á Julián que venía de visitar á un enfermo. Marcharon juntos conversando de Luisa, del entierro, de la aflicción de Jorge...

—¡Pobre muchacho! ¡Aquello sí que es sufrir!—dijo Julián compadecido.

—¡Era una esposa modelo!...—murmuró el Consejero.

Venía directamente de casa de Sebastián, pero no había podido ver á Jorge porque se había acostado. Y añadió:

—Es verdad... fuí á ver á Sebastián... Fuí á enseñarle...

E interrumpiéndose, deteniéndose á cada palabra:

—Porque entendí que era mi deber dedicar un tributo á la memoria de la infeliz señora. Era mi deber y nadie me eximirá de él. Y me alegro de haber encontrado á usted, porque deseo conocer su opinión concienzuda y desapasionada.

Julián tosió y preguntó:

—¿Es una necrología?

—Sí, es una necrología.

Y el Consejero, á pesar de "no estimar propio dada su posición entrar en cafés públicos", manifestó á Julián que podían descansar un poco en Tavares si no hubiera mucha gente, y le leería *su producción*.

Entraron. No había en el café mas que dos viejos y el camarero dormitando en el fondo. Una luz intensa llenaba la estrecha sala.

—Hay un silencio propicio—dijo el Consejero.

Ofreció café á Julián y sacando del bolsillo una hoja de papel rayado, murmuró: "¡Infeliz señora!" Inclinóse hacia Julián y leyó:

"*Necrología.* A la memoria de la señora Doña Luisa Mendoza de Brito Carvalho.

Rosa d'amor, rosa purpúrea e bella,
Quem entre os goiras te esfolhon na campa

—Es del inmortal Garret.

Y continuó, con lenta voz:

"... ¡Un ángel que subió al cielo! Una flor que se mecía sobre la tierra, hasta que el vendaval de la muerte le arrebató con su inclemente furia llevándola al sepulcro..."

Miró á Julián para solicitar su admiración y viéndole ocupado en agitar su café, prosiguió con fúnebres entonaciones:

—"Detenéos y mirad á la tierra fría! ¡Aquí yace la casta esposa, arrebatada tan pronto á las caricias de su inteligente esposo! ¡Allí zozobró, como bajel en el escollo de la costa, la virtuosa señora, que en su risueña naturaleza era el encanto de cuantos te-

nían la honra de aproximarse a su hogar! ¿Por qué sollozáis?»

—¡Un café, Antonio!—gritó con ronca voz un individuo gordo, de chaquetón, sentándose junto a una mesa próxima y dejando con ruido su bastón sobre el mármol.

El Consejero le miró con rencor. Y bajando la voz:

«...¡No sollocéis! ¡Que el ángel no pertenece a la tierra, sino al cielo!...»

—¿El señor Guedes estuvo ya por aquí?—preguntó la voz ronca.

El camarero dijo:

—Aun no, señor don José.

—«...Allí—siguió el Consejero—su espíritu entonará loores al Eterno, meciéndose con las cándidas alas. No dejará de pedir al Omnipotente mercedes para derramarlas sobre la cabeza de su idolatrado esposo, que algún día, no lo dudéis, la encontrará en las regiones celestes, patria de las almas escogidas...»

La voz del Consejero se aflautaba indicando aquella paradisíaca ascensión.

—¿Y anteanoche estuvo aquí el señor Guedes?—insistió el individuo del chaquetón.

—Estuvo muy tarde, a eso de las dos.

El Consejero sacudió el papel con muda desesperación; por detrás de sus lentes obscuros, fusilaban sus ojos al individuo con desprecio de autor interrumpido. Pero siguió diciendo:

—«...Y vosotros, almas sensibles, verted lágrimas sin perder de vista que el hombre debe inclinarse ante los decretos de la Providencia...»

E interrumpiéndose, añadió:

—Esto es para dar valor al pobre Jorge... «...de

la Providencia. Dios cuenta con un ángel más y su alma brilla pura...»

—¿Vino con la muchacha el señor Guedes?—dijo el individuo sacudiendo sobre el mármol la ceniza del cigarro.

El Consejero se detuvo, pálido de ira:

—Debe ser persona de muy baja extracción—gruñó con odio.

El mozo levantó su vocecita detrás del mostrador:

—No; vino con una muchacha de ahí arriba, una delgada, de pelo rizado, con mantón encarnado...!

—¡La Lola!—dijo el otro satisfecho, entregándose con voluptuosidad al recuerdo de la citada.

El Consejero se dió prisa:

—"...Por lo demás ¿qué es la vida? Un paso rápido por la tierra, un sueño vago, del que despertamos en el seno del Dios de los ejércitos, de quien todos somos indignos vasallos».

Y terminó con esta frase monárquica:

—¿Qué le parece á usted? Con franqueza...

Julián dijo limpiándose los labios:

—¿Es para publicarlo?

—En *La Voz Popular*, como esquela de defunción.

Rascóse Julián nerviosamente la cabeza, y levantándose dijo:

—Está muy bien, Consejero.

Acacio repuso, buscando el dinero del mozo:

—¡Creo que es digno de ella y de mí!

Salieron en silencio.

La noche era obscura; hacía nordeste frío y había llovido. En Loreto se detuvo de pronto Julián y dijo:

—¡Me olvidaba! ¿No sabe usted la novedad, Consejero? Doña Felicidad se retira á la Encarnación.

—¡Ah!

—Me lo ha dicho ahora, porque estuve á verla an-

tes de hacer una visita en la calle de la Rosa. Tenía una calenturilla... Nada, la conmoción, el susto. Ella me lo dijo. Mañana se recoge en la Encarnación.

—Siempre conocí á esa señora con ideas retrógradas—dijo el Consejero.—Es el resultado de las maniobras jesuíticas, amigo mío.—Y añadió con melancólico tono de liberal descontento:—La reacción levanta la cabeza.

Julián le dijo sonriendo:

—Qué reacción ni qué... Si es por causa de usted...

El Consejero se detuvo.

—¿Qué quiere insinuar mi noble amigo?

—Sí, hombre; no sé cómo diablos descubrió ella una cosa grave...

—¿El qué? Creame usted...

—Lo que yo descubrí también; que el Consejero tiene en la cama dos almohaditas, no teniendo más que una sola cabeza... ¡Ella me lo ha dicho!

Y riéndose de buena gana y diciendo *¡adiós! ¡adiós!*, bajó rápidamente por la calle de Alecrim. El Consejero quedó como petrificado con los brazos cruzados.

—¡Infeliz señora! ¡Qué funesta pasión!—murmuró acariciándose el bigote.

Tenía que poner en limpio la *Necrología*, y entró on su casa. Hasta las once se esparció su hermosa letra cursiva y burocrática, en el augusto silencio de su *Sancta Sanctorum*. Ya acababa, cuando Adelaida con un mantón sobre los hombros dijo con voz acatarrada:

—¿No se duerme hoy?

—Ya voy, Adelaida mía; ya voy.

Volvió á leer bajo. Le pareció que el final no era conmovedor; Adelaida se acercó despacio, y le pasó la mano por la calva; aquel roce amoroso hizo saltar

la idea como una chispa, porque tomó la pluma y añadió:

—"¡Llorad, llorad! ¡En cuanto á mí, el dolor me ahoga!„

Restregóse con orgullo las manos, y repitió alto en tono plañidero:

—"¡Llorad, llorad! ¡En cuanto á mi, el dolor me ahoga!„

Y pasando el brazo por el talle de Adelaida, murmuró:

—Esto hará sensación, Adelaida mía.

Se levantó; había concluido su día, bien empleado por cierto. Por la mañana se enteró en el *Diario del Gobierno* de "que la real familia seguía sin novedad„; había cumplido un amistoso deber acompañando el cadáver de Luisa á los Placeres en un coche de alquiler; la nómina le aseguraba la paz del hogar; había compuesto una notable prosa, y su Adelaida le amaba. Anegóse con delicia en esta dicha que contrastaba con las sepulcrales imágenes que su pluma escribió.

—La vida es un bien inestimable, sobre todo en esta era de gran prosperidad pública—murmuró y entró en la alcoba con la cabeza alta y firme el paso, llevando en alto el candelero.

Su Adelaida le seguía bostezando: estaba cansada del constipado..., y de una hora de placentero amor que gustó por la tarde con Arnaldo, el cajero de la "Lonja de América.„

⁂

Próxima la media noche apeábanse dos hombres de un carruaje á la puerta del *Hotel Central;* uno con *ulster* y el otro con pelliza. Al mismo tiempo paró un ómnibus cargado de equipajes.

Un criado alemán que hablaba con el portero los reconoció y quitándose la gorra, exclamó:

—¡Señor don Basilio! ¡Señor vizconde!

El vizconde Reynaldo, que calentaba los pies contra el suelo, gruñó dentro de su pelliza:

—¡Ya estamos otra vez en la pocilga!

—¡A aquella hora!

—¿A qué hora quería usted que llegásemos? ¡Doce horas de retraso! ¡Una bagatela! En Portugal es poca cosa...

—¿Hubo algún accidente? — preguntó solícito el criado mientras subían.

—El accidente nacional!—contestó Reynaldo dando furioso patadas. ¡Descarrilamiento! Estamos aquí por milagro ... ¡Abyecto país!

Desahogaba su cólera con el criado, como antes

[illegible] las piedras de la calle, tanto era su exceso de bilis.

—¡Hace un año que pido á Dios que mande otro terremoto! Leo á diario los partes... y nada. Un ministro que cae; un aristócrata que se levanta, pero nada del terremoto. El Omnipotente hace oídos de mercader á mis súplicas y protege al país, porque tan bueno es el uno como el otro.

Cuando el criado le dijo que sólo había desocupada una sala y una alcoba con dos camas en el tercer piso, la cólera de Reynaldo no tuvo límites.

—¿Vamos á dormir en el mismo cuarto? ¡Se ha figurado usted que el señor don Basilio es mi querida! ¿Está todo ocupado? Pero, ¿quién diablo se acuerda de venir á Portugal? ¿Extranjeros? ¡Lo que más me carga!...—Y añadió encogiéndose de hombros:—Les atrae el clima, ese prodigio nacional. ¡Un clima pestífero!... ¡No hay nada tan cargante como un buen clima!

Reynaldo venía á vender su última propiedad, y le acompañaba Basilio para terminar un enojoso asunto. Y no dejaba de rumiar:—¡Ya estamos metidos en el chiquero!

Basilio callaba. Desde que llegó á Santa Apolonia, los recuerdos del *Paraíso,* de la casa de Luisa, de toda la novela del verano, comenzaron á revolotear junto á él y á atraerle de modo particular. Fué á recostarse contra los cristales. La luna fría y lívida corría entre nubes; á veces una red luminosa caía sobre el agua y la iluminaba; luego se apagaba todo; vagas sombras se dibujaban en la obscuridad y algún farol de buque brillaba fríamente.

—¿Qué hará ella á estas horas?—pensaba Basilio —¿Se acostará?...

¡Qué poco podría suponer que él estaba allí, en el *Hotel Central!*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Cenaron. Basilio llevó la botella de cognac á la cabecera de la cama y con la cara llena de polvos de arroz y la camisa abierta, gozaba de una confortable laxitud.

Sonrió y su mirada vagó por el techo; ciertos recuerdos de la belleza de ella, de su enamorado temperamento, le sumieron en vaga voluptuosidad.

—¡Qué diablo—se dijo—es una linda muchacha... vale la pena!

Bebió una copa de cognac, y á poco dormía profundamente. ¡Era media noche!

A aquella hora velaba Jorge, y sentado en una silla, inmóvil, sollozando á ratos, se acordaba de ella; Sebastián lloraba abajo en su cuarto; Julián tumbado en un sofá de la Casa de Socorro, leía la *Revista de Ambos Mundos;* Leopoldina bailaba en una *soirée* de los de Concha, los demás dormían. Y el viento que barría las nubes y agitaba los mecheros de gas dentro de los faroles, movía tristemente un árbol plantado sobre la tumba de Luisa...

A los dos días buscaba Basilio en Rocío, por la mañana, un cupé decente. Pinteos le vió desde lejos y arreó los caballos.

—¡Aquí está Pinteos, señorito!

Parecía encantado de volver á ver al señor don Basilio.

—¡Allá arriba, á Patriarcal, Pinteos.

—¿A casa de la señora? ¡A escape, señorito!—dijo subiendo al pescante.

Cuando el coche paró á la puerta de Jorge, el señor Paula salió á la calle, la estanquera se asomó y la criada del doctor se puso de bruces en la ventana, todos enfilando la vista.

Basilio tiró de la campanilla un poco nervioso; esperó, mordió el cigarro y volvió á llamar con fuerza.

—Las ventanas están cerradas, señorito—dijo Pinteos.

Basilio se puso en mitad de la calle; las maderas estaban cerradas y la casa tenía aspecto de mudez.

Basilio se dirigió al señor Paula.

—¿Están fuera los señores que viven ahí?

—Ya no viven—dijo Paula con tristeza y acariciándose el bigote.

Sorprendido Basilio, preguntó:

—Pues, ¿dónde viven?

El señor Paula á su vez preguntó á Basilio:

—¿Es usted pariente?

—Lo soy—contestó sonriendo.

—Y... ¿no sabe usted nada?

—¿Pero qué, hombre de Dios?

El señor Paula se rascó la cabeza y murmuró:

—Pues siento decírselo... ¡La señora murió!

—¿Qué señora?—dijo Basilio poniéndose lívido.

—La señora... doña Luisa, la mujer del señor Carvalho el ingeniero. El señor don Jorge está en casa de don Sebastián, allí, al final de la calle. Si quiere usted ir...

—¡No!—dijo Basilio con rápido gesto. Los labios le temblaban un poco.

—¿Pero... cómo fué?

—¡Una fiebre! En dos días se la llevó.

Basilio se dirigió al coche lentamente, con la cabeza inclinada. Miró una vez más á la casa, y cerró de golpe la portezuela. Pinteos dirigió hacia la Baja.

El señor Paula se acercó á la estanquera:

—No le ha dolido mucho... ¡Señoritos! ¡Canalla!—murmuró.

—Pues yo no soy parienta—dijo la estanquera—y todas las noches la rezo dos Padrenuestros.

—Y yo—dijo suspirando la carbonera.

—¡Pues la servirán de mucho!—dijo el señor Paula alejándose.

Estaba en aquel tiempo muy amargado. Vendía poco y las muertes ocurridas en la calle, le habían hecho desconfiar de la vida. Cada día detestaba más á los curas y todas las noches leía *La Nación* que le

prestaba Acevedo, apartando los ojos rencorosamente de los artículos devotos que le empujaban al ateismo y el disgusto por la cosa pública le inclinaba hacia la *Commune*. Como el decía: "Todo era una porquería."

Seguramente empujado por este sentimiento, volvió á la puerta del estanco y dijo lúgubremente á las vecinas:

—¿Saben ustedes lo que es esto?

Y hacía como un ademán de abarcar el universo. Las miró luego airadamente, y pronunció esta frase snprema:

—¡Un montón de miseria!

Al bajar por la calle Alecrim, vió Basilio al vizconde Reynaldo en la puerta del *Hotel Street*. Mandó parar y le dijo:

—¿Sabes lo que ha pasado?

—¿Qué?

—Murió mi prima.

—¡Pobrecilla! —murmuró Reynaldo exquisitamente.

Bajaron del brazo hasta llegar á Anterro. El día estaba espléndido; corría un frío sutil; en el aire flotaba la luz del sol y en ella se destacaban suavemente las casas, los árboles, los palos de los buques; los sonidos vibraban con alegre tonalidad; el río brillaba como fundido metal; el vapor de la carrera de Casilhas soltaba chorros de humo que tomaban luego blanquecino color y las colinas del fondo pulverizaban la luz en sombra azulada, en cuyo fondo se destacaban las silenciosas casas de campo.

Mientras andaban, iba Basilio hablando de Luisa.

El delicado vizconde se lamentaba de que aquella pobre señora hubiera muerto con un tiempo tan hermoso; pero en resúmen, siempre encontró absurdas aquellas relaciones.

Porque, en fin, siendo francos, ¿qué tenía aquella prima? *No quería hablar mal de la pobre señora*, que estaba en aquel horror de Placeres, pero era cierto que la faltaba *chic*; iba en carruajes de alquiler, usaba medias de algodón, casó con un empleado, vivía en una casucha, no tenía relaciones decentes, jugaba á la Lotería y andaba por casa con zapatillas de orillo. No tenía ingenio, no tenía *toilette*, ¡qué demonio! ¡era un saco vestido!

—Pero para un mes ó dos que estuviese en Lisboa...—murmuró Basilio con la cabeza baja.

—Bueno, para eso bueno... ¡como higiene!—repuso desdeñosamente Reynaldo.

Siguieron en silencio. Riéronse mucho de un señor que pasó guiando con fatiga dos caballos negros. ¡Qué faetón! ¡Qué estilo! ¡Sólo en Lisboa!...

Cuando llegaron al fin de Anterro, dieron vuelta, y el vizconde Reynaldo dijo acariciándose las patillas:

—De modo que estás viudo.

Basilio sonrió resignado, y dando con el bastón fuertemente sobre el suelo, exclamó:

—¡Qué fastidio! ¡Podía haberme traído á Alfonsina!...

Y marcharon á tomar Jerez á la "Taberna Inglesa".

FIN

R.C.
PQ9261
.E3
P7
v.2
100173
AUTOR
ECA DE QUEIROZ, José María de
TITULO
El primo [illegible]

34558
N
E176

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta antes de la última fecha abajo indicada.